



EL BIEN PÚBLICO

EN EL SIGLO XX

SALUTACIÓN

EL SIGLO XIX

Una universal resonancia que alcanzó desde los primeros momentos de ser anunciados al mundo los deseos del Sumo Pontífice reinante, de consagrar la humanidad al amor y protección del Amantísimo Corazón de Jesús, y enlazando este hecho con el de solemnizar el final del siglo XIX y principio del XX, á fin de preparar el mejoramiento de las costumbres, ha contribuido á avivar las inteligencias y conmover profundamente los corazones, que anhelantes del bien general, han aunado sus propios deseos con los del Padre común de los fieles, resultando que todo el orbe ha dedicado particular atención á dar la mayor solemnidad á la realización del feliz pensamiento de León XIII, convirtiendo el hecho en acontecimiento cronológico digno de la Historia.

La gran idea ha despedido vivos destellos, que han esparcido sus esplendores en todas las esferas de la actividad humana, y con su mágico poder han hecho brotar sentimientos de benevolencia y amor patrio, levantando acá y acullá monumentos en honor de preclaros patricios, creando instituciones y aliviando necesidades, ya con carácter perpetuo, ya para hacer partícipes de la singular fiesta á los pequeños, porque el punto de partida, como raíz de la acción, produce análogos efectos que la fundamental doctrina en que se inspira; porque hora es ya de que cesen las anomalías que tienen divididos á los pueblos, y mejoren las gentes su modo de vivir, cuyos trabajos á este efecto encaminados sólo pueden ser fructíferos con las bendiciones del Rey de los siglos, cuyas enseñanzas poseen el mágico poder de convertir la humanidad en una familia. *Et fiet unum ovilem, et unus pastor.*

La prensa del orbe todo ha tomado parte activa en el universal concierto, y abundando EL BIEN PÚBLICO en los anhelos del bien por qué suspira la humanidad, y aprovechando la feliz coincidencia de cumplirse hoy seis lustros de incansable labor periodística, ha querido conmemorar el final del siglo XIX, que despide con gratitud, y recibir gozoso el XX, publicando este número extraordinario, enriquecido con las firmas de distinguidas personalidades en las Letras, que nos han honrado con sus trabajos, añadiendo nuevo joyel á la ofrenda que por todos los ámbitos de la tierra viene laborándose hoy, para ofrecerlo á la admiración de las gentes en los albores del nuevo siglo.

EL BIEN PÚBLICO aclama alborozado al siglo XX, que comienza hoy su labor histórica, exclamando: Bien venido seas, siglo vigésimo, yo te saludo, porque tuyas son las grandes resoluciones!...

La Redacción.

LA FÉ

Fragmento del libro «Poesías», original del Excmo. Sr. D. José M. Martorell y Fivaller Duque de Almenara Alta.

ODA

DICHOSO el que encamina
Su senda, conociendo su destino,
A la mansión divina
Do mora el peregrino
Placer que del sepulcro está vecino!

Dichoso el que á la lumbre
Que esparce de la fe la antorcha santa,
Sube el áspera cumbre
De la vida, y levanta
Su vuelo hasta besar de Dios la planta!

Para él en este suelo
Reside el bienestar, porque comprende
La llama que su anhelo
Infatigable enciende
Y el mar del mundo victorioso hiende.

¡Ay! Bendice, alma mía,
La fe que te legaron tus mayores.
¿Qué importa la agonía
De esta cárcel de horrores,
Si has de ser más feliz cuanto más llores?

Los que tributan elogios desmesurados al siglo que acaba de pasar, y los que lanzan contra él invectivas de desprecio é irremisiblemente le condenan á ser encerrado en las gemonías de la Historia, se equivocan igualmente, son igualmente injustos y muestran desconocer las leyes á que obedece la marcha progresiva del linaje humano sobre la tierra, que no son ni pueden ser otras que las leyes de la divina Providencia.

El siglo XIX no ha sido ni el mejor ni el peor de los siglos, porque ha sido un siglo de transición, preñado de problemas, pero completamente ayuno de soluciones. Así ha podido Brunnetiere hablar de *La bancarrota de la ciencia* sin que nadie haya combatido seriamente una tesis tan sensacional y atrevida.

Que el siglo XIX va á descansar en una tumba coronada de brillantísimos trofeos, es indudable. El vapor y la electricidad con todas sus aplicaciones verdaderamente maravillosas: los caminos de hierro cruzados por mágicos trenes á cien kilómetros de velocidad por hora, los grandiosos vapores trasatlánticos convertidos en palacios flotantes y surcando los mares, ligeros como galgos; el telégrafo sin hilos, los rayos X, el teléfono y el fonógrafo; la metalurgia fundiendo cañones y proyectiles monstruosos y fabricando aceros de una resistencia inaudita; el gas del alumbrado y las lámparas incandescentes, los arcos voltaicos y el acetileno; el aire líquido y los cuerpos simples obligados á pasar por todos los estados de la materia; la hulla devolviéndonos el calor solar de los tiempos primitivos y los hermosos colores del espectro; las montañas perforadas y los istmos abiertos; los antisépticos y los anestésicos permitiendo al médico registrar las entrañas vivas y palpitantes del enfermo; el microscopio descubriendo los enemigos invisibles de la vida y el siderostato fijando en el campo de los telescopios el movimiento de los astros; la fotografía y la química, las ciencias todas de observación y de experiencia elevadas á prodigiosa altura, son los adelantos de que legítimamente puede envanecerse la centuria que acaba de pasar.

Mas no de sólo pan vive el hombre, ni la civilización ha de confundirse con la cultura. Esas conquistas y esos adelantos pueden muy bien ser patrimonio de razas envilecidas por la depravación y por la inmoralidad.

Menos mal si los que de tales adelantos se aprovechan, si los que manejan esos instrumentos, fuesen como Kepler que entonó un himno á la Divinidad cuando hubo descubierto las leyes de la mecánica celeste, ó como Newton que se descubría cada vez que pronunciaba el nombre de Dios, ó como Pasteur que mandó grabar en su tumba su profesión de fe. Pero no, de todo se ha querido sacar partido para destruir las creencias religiosas y pulverizar por ende la única base que puede tener el orden moral. Las consecuencias son evidentes, están á la vista de todos y por más que casi todos las deploran, casi todos se empeñan en buscar el remedio donde no está.

¡Cuántos crímenes, podemos decir como Mad. Roland, se han cometido en nombre de la libertad! El siglo XIX será llamado el siglo de las luces, del vapor, de la electricidad... de todo menos el siglo de la justicia y del derecho. Polonia despedazada, los Estados de la Iglesia usurpados, nuestras colonias robadas, las repúblicas sud-africanas oprimidas, son borrones que

manchan la historia del siglo que pasó, y como la cosa robada, según los moralistas, clama constantemente por su dueño, piden en nombre del derecho reparación y venganza. Pero el derecho llamado internacional no es más que un papel mojado y todos los libros que de eso tratan pueden precintarse escribiendo sobre ellos este rótulo que dictó Bismarck: *La force prime le droit.*

Si los hombres fueran tan malos como sus ideas, serían detestables la mayor parte de los hombres del siglo XIX, porque durante él las ideas llamadas modernas alcanzaron una perversidad diabólica.

Pero así como Dios trazó límites al mar, así también señaló términos á la malicia de los hombres y es de creer que el siglo que hoy comienza, más sensato que su predecesor, sabrá aprovecharse de la experiencia de lo pasado y buscará las soluciones de los problemas morales que le caben en herencia, en un libro que es el libro de todos los siglos, que lo sabe todo, que es bálsamo y medicina para todas las enfermedades del espíritu, base y fundamento de la justicia y del derecho, amparo de los desheredados y de los pobres, acusación terrible de los hipócritas, norma y aviso de los poderosos y de los ricos, camino, verdad y vida de los hombres: el Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo.

† SALVADOR, Obispo de Menorca.

Mahón 1.º de Enero de 1901.

Daz á los muertos...

MURIÓ el siglo XIX, y con su muerte ha llegado el momento de aquilatar sus merecimientos y execrar sus errores, no menos grandes y trascendentales que aquéllos.

El, que nos ha admirado con sus invenciones y descubrimientos; él, que nos ha deslumbrado con sus prodigios y maravillas, lega á la humanidad un porvenir que espanta y preocupa, ya que no ha sabido resolver ninguno de los graves problemas que con sus descabiertos y preocupaciones ha planteado así en el orden jurídico como en el social, así en el orden económico como en el político.

Grande, inmenso es el Activo con que cierra su balance el siglo que acaba de finir, pues, en los cien años de su existencia háse transformado el mundo en el orden material, y el hombre al penetrar y descubrir durante su transcurso los, al parecer, más ocultos y recónditos secretos de la naturaleza, ha puesto á contribución las misteriosas fuerzas que en su seno se encierran para rodearse de placeres y comodidades y hacer más agradable la vida del cuerpo en su efímero paso por la tierra.

Pero su Pasivo es también abrumador, pues rotos los frenos que regularizaban y contenían la marcha de la humanidad, se ha precipitado ésta en desenfundada y vertiginosa carrera hácia el abismo donde amenaza estrellarse y destruirse. Sin fe el pueblo, sin esperanza los desheredados de la fortuna, sin caridad los ricos de la tierra, en lucha constante el capital y el trabajo que cual ruedas de un mismo vehículo debían marchar unidas y paralelas; pisoteado y escarnecido el principio de autoridad, aparecen desquiciados los pueblos y las naciones en los cuales más que nunca impera el derecho de la fuerza, y ante ellos se levanta temible fantasma que, cual hidra de cien cabezas, con los nombres de socialismo unas veces, comunismo otras, anarquismo después, parece quiere renovar en la historia los aciagos días que precedieron á la época moderna, cuando las hordas bárbaras se abalanzaron cual avalancha sobre la decrepita y corrompida civilización romana.

Ojalá que el siglo XX, cuya aurora alborreamos, alocionado por la experiencia y guiado por la mano de Dios, sepa dar solución acertada y justa á los problemas planteados en el XIX, para que la historia pueda olvidar sus errores y enaltecer sus merecimientos.

Juan Orfila.

Los que contigo nacieron, bajo el reinado de Jorge III, oh siglo XIX, ya no viven.

Tampoco existen aquellos menorquines que, en los albores del extinguido siglo, vieron trocarse en Menorca por la vistosa bandera gualda y roja el pabellón británico.

Cerca de cien años ha que nuestra isla volvió á su natural dominio, y, sin embargo, aún se agita y se debate el problema político de nuestra nacionalidad futura.

Todo tiene en el mundo su explicación y su razón de ser. Cual boyta abandonada en el Mediterráneo, fué siempre la Balear menor el blanco de los pueblos guerreros y el cebo de su codicia. Así nacieron ingleses nuestros padres ó nuestros abuelos, como fueron franceses, aragoneses, etc., sus antepasados.

¿Qué suerte le depara á Menorca la política del siglo XX? Difícil es preverlo, por más que, como presa fácil al parecer, todos la acechan; pero, á fuer de menorquín y español, debo consignar aquí, como protesta y nota de fin de siglo: que si los habitantes de Menorca pudieron algún día simpatizar con los hijos de la Albión, siquiera fuese por el empuje que diera á su cultura la Gran Bretaña, hoy, después de las guerras coloniales, ya no se cobijan corazones ingleses en nuestra pequeña patria.

Juan J. Vidal.

1.º Enero 1901.

CUANTO el genio promete la naturaleza siempre lo cumple, escribí uno de los más grandes poetas de Alemania. Y, en efecto, los que hemos vivido en el siglo XIX hemos podido comprobar, con infinitud de ejemplos, la exactitud del dicho del célebre bardo teutón. Grandes, atrevidas, hasta lo inverosímil, han sido las concepciones de la ciencia en la presente centuria, y, sin embargo, hemos visto á la naturaleza responder siempre á ellas con docilidad maravillosa. Gracias á esto no existen hoy las distancias, el pensamiento atraviesa en un segundo los continentes y la palabra humana es aprisionada y reproducida á voluntad. Pero ¡ay! si le ha sido fácil al hombre vencer las resistencias naturales, no ha tenido la misma fortuna cuando de dominar las preocupaciones del espíritu se ha tratado. Y así vemos hoy, por desgracia, á pesar de tantos adelantos, á la humanidad presa de los mismos egoísmos, de los mismos odios, de los mismos prejuicios de que se hallaba poseída al empezar el siglo. Vemos á unas razas perseguir á razas distintas, á los pueblos luchar entre sí en los campos de batalla y á unas clases aborrecer á las otras, como si no fuéramos todos hijos de un mismo padre y como si nuestra misión en la tierra fuera odiarnos y exterminarnos, en vez de amarnos y sostenernos mutuamente.

El siglo que hoy acaba es el siglo de los grandes inventos, de los descubrimientos maravillosos, y como tal ocupará, sin ningún género de duda, lugar preeminente en la historia de la humanidad.

Pidamos al Cielo que el que vá á empezar mañana, sea el siglo del amor entre los hombres y de la paz entre los pueblos.

31 Diciembre 1900.

Bartolomé Escudero.

EL culto divino es la manifestación externa y espontánea que la criatura hace á su Criador, que el hombre tributa á su Dios; en términos que, con esta relación, lo infinito parece que se limita para corresponder á lo limitado y débil, cuando el cristiano insensiblemente se encumbra hasta depositar los sentimientos de su corazón á las mismas gradas del trono del Altísimo. Reconoce pues, en buen hora, Cristiano, cual y cuanta es tu dignidad, reconóce repito, cuanto vales y cuanto debes.

Jaime Tutzó, Pbro., M. A.



Lo que no pasa

HAN pasado diez y nueve siglos desde que nació al mundo un Niño engendrado en el seno de una Virgen. Llamóse al niño Jesús, y se hizo el Niño Hombre, y predicó la nueva ley que al mundo daba Dios, de quien era Jesús Hijo Unigénito. Y los hombres oyeron su doctrina, y la siguieron entusiasmados los de buena voluntad, y pusieron las réprobas asechanzas al que venía á establecer el imperio de la verdad, de la justicia y del amor...

De entonces acá, el error se ha exhibido bajo mil formas distintas; mas la iglesia, asistida por su divino Fundador, ha salido siempre triunfante y gloriosa. Todas las sectas, desde el Arrianismo que negaba la divinidad del Verbo, hasta el Liberalismo que lo niega todo en materia de religion, han tenido sus días de apogeo para desvanecerse luego, como las sombras de la noche heridas por los rayos del sol, no dejando en pos de sí más que recuerdos dolorosos y amargos desengaños. Y es que todo pasa: pasan los hombres y los errores, y pasa el tiempo que todo lo gasta y todo lo cambia. Una sola cosa subsiste y subsistirá eternamente: la palabra de Dios que nos asegura que «las puertas del Infierno no prevalecerán contra su Iglesia»

Bartolomé Allés.

Paz y defensa

CUANDO las cuestiones internacionales dominan y preocupan al mundo entero; cuando en los centros diplomáticos se habla con más calor que nunca del próximo desenlace de los asuntos del Imperio Marroquí; cuando Europa en masa está á la expectativa, esperando las consecuencias de las victorias británicas sobre el Transvaal, y la prensa nacional y extranjera apunta las ambiciosas pretensiones de algunas potencias sobre el archipiélago balear, un intenso clamor de la pública opinion revela, con desusada impaciencia, el temor que la asalta de que el equilibrio mediterráneo, equilibrio verdaderamente inestable de las naciones continentales, al romperse, arrastre consigo al pabellón que si no de un modo perenne, por manera casi continua, ha sostenido inhiesto en este grupo de islas en extremo codiciado, tanto por su posición estratégica como por el valor intrínseco de su suelo.

Vano empeño sería tratar de contener esta poderosa corriente nacida al calor de un acendrado patriotismo y mal encauzada por el pesimismo desconsolador que se respira en el ambiente que nos dejaron los pasados desastres, de recordación tan triste como eterna. Pero preciso es que por lo menos los que tuvimos la suerte de nacer españoles en el suelo balear, pongamos de relieve la fácil empresa que es conseguir colocarlo en estado de defensa, y después clamemos, y clamemos alto en pró de la nobilísima idea de que quede el archipiélago en condiciones de no tener que ser entregado, si el triste caso llegara, sin antes haberlo defendido osada y tenazmente, y haber regado con nuestra sangre los santos lugares en que cada piedra, cada tronco y cada montón de arena de sus hermosas playas, envuelve á cientos los recuerdos de la infancia.

Para conseguirlo, no hace falta que la Nación se imponga cuantiosos sacrificios poco en consonancia con su estado financiero de ahora; ni acudir á ruinosos empréstitos que gravan más y más el Erario público. Basta en mi concepto hacer un pequeño esfuerzo; es suficiente que se miren con buena voluntad estas rocas, y se vea en ellas no tan sólo una prolongación del suelo Hispánico, sino también los grandes beneficios que su posesión ha de proporcionar á España, tanto para asegurarle una paz duradera por medio de alianzas en cuyo seno han de pesar más las Baleares que la Nación entera, como para asegurar una influencia no dudosa en todos los conflictos que tengan que ventilarse, sirviéndose de las armas, sobre la superficie movizada del Mediterráneo occidental.

Quien haya leído con detención mis trabajos sobre defensa del archipiélago, habrá sacado seguramente en consecuencia que no es la misma empresa difícil ni ruinososa, aunque esté abandonada, consecuencia sin duda de la debilidad de esta España del siglo XIX, carcomida y minada por luctuosas y sangrientas luchas fratricidas, por contiendas lejanas en América y recientemente en guerras coloniales y de orden internacional, que tanto han reducido sus horizontes y limitado su poderío. Pero no hay que dudar que la España del siglo XX, desembarazada del terrible cancer que la consumia, al orientar su política exterior y crear un poder naval en consonancia con el derrotero político que emprenda, atenderá como á una de sus más perentorias necesidades á la defensa del archipiélago balear; y aquel pabellón que nos cobijó al nacer y que con sus colores de sangre y oro ha alegrado siempre nuestras pupilas, seguirá tremolando sobre este grupo de islas, más codiciado que otra región cualquiera de las que á su sombra crecen y se desarrollan.

José Riera Alemany.

Teniente de Navio.

Mahón 31 Diciembre de 1900.

¿Qué hacer?

ABRANA el Animo verdaderamente el echar una ojeada sobre los estrechos límites á que ha quedado reducida nuestra desgraciada nación. Estendiendo ante nuestros ojos el mapa del mundo, observando los estensos y apartados territorios en que era acatada la soberanía española á principios de este siglo, y comparándolos con nuestras actuales fronteras, ó no se ha de ser español ó de lo contrario ha de sentirse el corazón oprimido. Pero, ¿por medio de qué evoluciones ha llegado á tal grado de decaimiento la nación que, como dijo el poeta, su imperio se extendía del Ocaso al Oriente? ¿Cuáles son las causas que han contribuido á que aquel sol que jamás se ponía en sus dominios, brille sobre ella no mas que un instante? Problema es este por demás complejo para una tan mal cortada pluma como la que esto escribe; y como por otra parte en los momentos actuales no es esto lo importante, sino procurar de la manera mas rápida cicatrizar la profunda herida que amenaza la vida de nuestra nacionidad, de ahí que pasando por alto las causas, tratemos de encontrar remedio para sus desastrosos efectos.

Tal vez parezca á alguien esta manera de pensar un poco contraria á lo natural, mas como en nuestro concepto lo que se presenta ante nosotros es un cuerpo, no atacado de enfermedad interna, y si que nuestra herida por la que mana abundante sangre, inútil creemos indagar, para su curacion, quienes fueron los autores de tamaño crimen, ni de que medios se valieron para dejar agonizante á lo que un día cobijó bajo su bandera la mayor parte de los pueblos de la tierra.

Decían los romanos que la salud del pueblo debía ser suprema ley de Estado, y efectivamente este es el punto del cual debe partirse si hemos de hacer algo de provecho en favor de nuestra regeneracion.

Los que por su carrera, posicion social ó por otras circunstancias llegan ó llegaran á regir los altos destinos de la nacion, no debieran jamás olvidar el «mens sana in corpore sano» si es que en conciencia tratan de sacar á buen camino, á este pueblo que por desgracia se vé perdido por entre el espeso ramaje de sus desdichas.

Ante todo, pues, debiera procurarse por medio de leyes justas y bien fundamentadas, proteger á lo que en general se llama pueblo, poniendo verdadero empeño no sólo en que su alimentacion sea todo lo sana y suficiente que debe ser, sino en evitar que con el exceso de trabajo pierda la energia que le es necesaria para su conservacion y buen desarrollo físico. Y sino ¿que puede esperarse de un individuo que tras un trabajo de diez ó doce horas, cerrado en la galería de una mina ó entre el infecto aire de una fabrica, sólo puede llevarse á la boca un mendrugo de pan y una piltrafa de carne? ¿cómo puede exigirse al tal que sea fuerte y poderoso? ¿no lleva la degeneracion de los órganos la disminucion de la energia? Pues esto es lo que está ocurriendo con la colectividad española; el obrero, el campesino, el verdadero pueblo, no se alimenta en grado necesario, está anémico, es preciso á todo trance que los artículos de primera necesidad bajen considerablemente de valor, que pueda el que trabaja resolver á satisfaccion el problema de la alimentacion suya y de sus hijos, y sólo así podrá conseguirse una primera materia, sólida y buena, para ir levantando el derruido edificio de nuestra querida patria.

Después de este punto capital de higiene, hemos de hacer notar la falta de instruccion que se observa en todas las clases sociales, y especialmente en las que teniendo que ganarse la vida tras rudo trabajo, no disponen de los medios ni del tiempo indispensable. Si necesario es el alimento para la vida, de la instruccion no puede prescindirse si el individuo, y por consiguiente la colectividad, ha de progresar. La enseñanza debiera ser obligatoria, pero obligatoria de verdad, no una de tantas disposiciones como se hallan en la «Gaceta» y de las que nadie se acuerda ni hace caso. A los trabajadores debiera distribuírseles equitativamente las horas de trabajo material y las de trabajo intelectual, procurando que este último fuese lo más práctico posible, para evitar con ello la aridez que se nota en algunos ramos de la ciencia y en beneficio de la claridad en otros. De esta manera, es decir, con una buena instruccion y con su buen desarrollo físico, no hay duda de que se daría un paso gigantesco en el camino de la regeneracion.

De mucha importancia son los dos puntos que á grandes rasgos acabamos de trazar, pero hay otro de mas importancia y sin el cual se reduce á cero el valor de los primeros. Este punto es la fé religiosa. Un pueblo sin religion y por consecuencia sin fe, un pueblo de indiferentes ó descreídos, no puede ser poderoso ni respetado. Sin fe religiosa, el individuo se hace egoísta y despotista, carece de sentimientos, y en vez de aplicar en todo caso el «ama al prójimo como á tí mismo», base fundamental de toda buena sociedad, tiende al más absoluto aislamiento procurando por todos los medios su solo bienestar. Si se ha de progresar, en el buen sentido de esta palabra, es de todo punto necesario se inculque á todos la idea de que somos hermanos, y precisa también se grave con caracteres indelebles en el corazón

del pueblo, la hermosa doctrina de Aquel que por redimirnos murió en la santa Cruz.

Alimento espiritual, alimento material y alimento intelectual, he ahí las tres firmes columnas en que podrá apoyarse la obra tan deseada de nuestra regeneracion. Si se prescinde de cualquiera de ellas, sin género de duda continuaremos por muchos años en el estado lamentable de degeneracion moral, física é intelectual á que hemos llegado.

Honorio Pons Zabala.

Mahón 31 Diciembre 1900.

A EL BIEN PÚBLICO

En el trigésimo aniversario de su publicacion

Siglo nuevo — vida nueva,
Dios propicio — nos conceda.

¡CANIDO de campanas

¡Se oye no lejos...
¡El sig'o de las luces
Se está muriendo!
¿Tocan á G'oria?
Pues ya un siglo nuevo
A vida asoma.

Se tocan los extremos
Canta el adagio,
¿Siglo Decimonono,
¿Tendrás tocayo?
Tú te vas presto.
¿El otro que vendrá
Nos dará juego?

Juego le has dado al pobre
Con tu egoísmo,
Juego al rico le has dado,
Armando ciscos.
¿Del sig'o veinte
Si tal herencia recoge,
¡Ay! pobre gente!

¿Cuánto la prensa influye
En nuestro pueblo
Para lo bueno y malo
Todos sabemos.
Quien viento siembra
Bien sabeis, publicistas,
Lo que cosecha.

Esa avalancha impía
De malos libros
Y peores impresos
Parad, Dios mío;
Que en siglo nuevo
Nuestra prensa corrija
Fatales yerros.

Es fecha memorable
Para EL BIEN PÚBLICO,
Contar en existencia
Unos seis lustros.
Que cuente ciento
Para bien de Menorca
Yo le deseo.

Decano de la prensa
En nuestras Islas,
Entiende tu mision,
Avanza en vida:
Tu experiencia
De veterano, en lides
Te dé prudencia.

De Dios la Santa ley
Sea tu norte,
El Bien difunde siempre
En todo el orbe;
Sumiso acata
De nuestra Madre Iglesia
Las enseñanzas.

Bendiciones del cielo
En feliz era
Por el Rey de los siglos
Serán tu herencia:
Y otros cien lustros
Formarán tu corona
Entre los justos.

Roque Coll.

Canónigo Maestrescuela.

ESPIRA el siglo XIX agitado por las angustias de la duda. Y temeroso de que la civilizacion no esté asentada en bases suficientemente sólidas, para que los grandes adelantos científicos, las riquezas sin cuento, y los medios poderosísimos con que ha tratado de mejorar el estado de la sociedad humana no hayan logrado hacerla dar un paso en el camino de la felicidad, que es la meta á que aspira el género humano. Y de temer es que las angustias y las dudas persistan en el siglo que va á empezar dentro breves momentos si la humildad no vence á la soberbia, si el espíritu no se sobrepone á la materia y si por fin la moralidad no logra hacerse tan poderosa como la ciencia y el bienestar material.

Todos sabemos que el inolvidable Balmes decía poco mas ó menos que la civilizacion consiste en el mayor cúmulo de bienes morales, intelectuales y materiales. Y en nuestro pobre concepto no están equilibradas estas tres clases de bienes en la civilizacion que nos lega el siglo que va á fenecer.

Los que vivirán en el siglo veinte sabrán corregir este desequilibrio?

Medios tienen para ello, pues á pesar de los errores sin número que hoy pululan, queda enhiesta la bandera que civilizó al mundo y que guarda entre sus pliegues el secreto de procurar al género humano una perfecta civilizacion.

Esta bandera es la del Catolicismo, que á pesar de los combates sufridos en el siglo XIX conserva incólumes sus principios y vivas energías. No hay fuerza alguna que pueda sustituir su inquebrantable fuerza y es indudable que la difusión de sus salvadores principios acerará cada día más y más á los hombres al ideal de la felicidad verdadera.

Juan F. Taltavull.

Mahón 31 Diciembre de 1900.

A vuelo pluma

INSIGNE vulgaridad es la de ponderar los adelantos del siglo que acabó ayer, pues que á cada momento y en todos los tonos oímos repetidos cánticos de alabanza á los notables descubrimientos y sorprendentes invenciones que la humanidad ha realizado en esta recién acabada etapa de su vida. Adelantos, invenciones, descubrimientos que no pudéramos negar aunque quiséramos por ser harto evidentes y á los que no hemos de escasear nuestras alabanzas. Hemos vivido en este siglo, en él nos hemos educado, hemos aprovechado sus progresos, justo es que los estemos agradecidos; por otra parte muy justo es y muy plausible que la sociedad alcance cada vez mayor suma de bienestar y que las comodidades de la vida aumenten en tal forma y manera que sean asequibles á mayor número de individuos.

Ocioso es por lo dicho relatar aquí los mentados inventos, porque además de ser enumeracion pesada, nuestros lectores seguramente los saben de memoria, sin embargo citaremos de corrido: la aplicacion de la fuerza expansiva del vapor á la obtencion de fuerza motriz, ocasionando una gran revolucion industrial, no sólo en la materialidad de la fabricacion, si que también en el modo de ser de los obreros; pues que aglomerándolos en grandes fábricas, ha contribuido como una de tantas causas á la cuestion social; la obtencion de grandes y poderosas corrientes eléctricas convirtiéndolas en luz, calor y fuerza mecánicas; una de tantas aplicaciones de la gran teoria de la unidad de fuerzas físicas, concepcion suprema del gran Padre Secchi; los notables y maravillosos progresos de la Quimica en su, ya anticuada, en division orgánica é inorgánica, causa de la fundacion de gran número de fabricas de productos quimicos y de grandes progresos en la agricultura; la telegrafia con hilos y últimamente sin hilos; el teléfono, el fonógrafo, la fotografia con sus perfeccionadas máquinas instantáneas; los rayos X, aplicacion todo ello de grandes leyes físicas; la múltiple y perfeccionada obtencion de substancias explosivas, ayudando á los trabajos mineros con fuerzas hasta hoy desconocidas, el perfeccionamiento del microscopio para conocer y estudiar mejor los seres naturales, en especial el cuerpo humano; la preparacion de los alcaloides, cambiando por completo la naturaleza médica, el conocimiento y estudio de los seres microscópicos y como resultado de ello las nuevas teorías médicas, y los recientes métodos curativos, la aplicacion del cloriformo y de las curas antisépticas á la cirugía haciendo posibles y hasta vulgares, operaciones quirúrgicas que nuestros padres ni siquiera intentaban, y otros y otros muchos.

Si nos fijamos, empero, en el efecto que tales progresos ejercen en la multitud, notaremos sin esfuerzo que el público, no sólo el indoceto, da más importancia, no á quien se desvela por sentar principios nuevos en la ciencia, ó por fijar las leyes que sigue á la naturaleza, sino á aquel que descubre un procedimiento práctico para aplicar los principios ya descubiertos, con tal que resulte una ventaja material.

Hoy día por el común de las gentes se daría mucha menor importancia á quien descubriera una ley científica, aunque fuera un nuevo Copérnico, que á quien economizara una pequeña cantidad de hulla por cada caballo, ora en una máquina motora, todo por la poderosísima razon de que si lo primero da honra y reonobra, lo segundo ahorra en el bolsillo unas miserables pesetas.

Este hecho que nadie puede negarnos por resaltar demasiado su evidencia, es debido al frío positivismo, que ha sido el alma del siglo que ha espirado, el cual positivismo enseñoreado de la ciencia y de la práctica de la vida, en aquélla ha quitado toda importancia á los principios, concretándose á los hechos, y en ésta ha matado en flor todo ideal noble y levantado; negando en la primera existencia de las causas finales y en la segunda alejando al hombre de Dios, su Creador y Redentor. ¡Verdaderamente quien no quiere postrarse ante el Dios verdadero, se humilla ante el desgraciado becerro de oro!

Mateo Seguí.

El progreso de los siglos

Si del estudio detenido de los acontecimientos acaecidos en el transcurso del tiempo, podemos sentar los irrefutables argumentos que han de servir de cimentacion para atreverse á estudiar la gran obra del progreso humano, podemos decir, sin exponernos á exageracion, libres nuestros cerebros de utopias, y de ofuscaciones por lo general erróneas; que las sociedades que se cretan mejor cimentadas, se han desmoronado ó han caído por su base ante la piqueta demolidora de las revoluciones, ó al desencadenado huracán de las pasiones y ambiciones humanas.

Nada hay terrenal que lleve el sello de lo indeleble. El imperio de los Mongoles, con Geskinkan; el de Grecia, con Alejandro, y el de Roma, con Augusto, cumplieron su mision y desaparecieron para siempre, después de haber realizado la gran obra de la union material del mundo antiguo, y preparar las naciones para recibir las doctrinas del Crucificado.

Diecinueve siglos han transcurrido en que el terrible apotegma «¡ay de los vencidos!» dejó de resonar en los oídos de los hombres; y en el siglo que acaba de espirar, en el que se han realizado tan prodigiosos inventos en todos los ramos del saber humano; en el siglo de las luces hay hechos que sobrepujan á los mas repugnantes de los tiempos del paganismo y de la barbarie.

Y el progreso material, lejos de implantar en las sociedades el adelanto de que se alardea, ha sido el póten que al ser arrastrado por corrientes, ha fructificado indistintamente en el seno de las naciones, creando un incertidumbre mortal, origen de todos los males que tocamos al final del siglo XIX.

Antonio Martínez García.

Mahón 1.º Enero de 1901.

Imp. de M. Peral.